

Pablo Palacio



**Comedia
inmortal**

textos.info
biblioteca digital abierta

Comedia inmortal

Pablo Palacio

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8774

Título: Comedia inmortal

Autor: Pablo Palacio

Etiquetas: Teatro, comedia

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 13 de mayo de 2026

Fecha de modificación: 13 de mayo de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Comedia inmortal

Voy a hacer una comedia de enredo. No pido perdón si a alguien le robo el tiempo, porque 1.^a, sólo con ese objeto va a leer y 2.^a, en tratándose de enredos nadie se asusta, todo sale bien: el lector se entusiasma y el autor cobra fama. ¡Oh, la fama que voy a adquirir yo con esta comedia!

Los personajes de la farsa son:

LUNA, muchacha angelical de quince abriles, tierna, fina, romántica (¡qué bien le cae el nombre!, ¿ah?, ¡como que parece un rayo de la luna!).

ENRIQUE, joven de veinte años, sobre cuyos labios apenas apunta el fino bozo; romántico también, ¡claro!, y si usted lo quiere puede ser poeta.

DON IÑIGO, padre de Luna, austero, escéptico, etc.

SEÑORA DE ALARCÓN, madre de Enrique.

DON CARLOS, aparentemente padre de Enrique.

NOTAS: *Se han suprimido varios personajes que intervienen en el asunto, para que ésta sea una transparente complicación.*

Si alguno pretendiera reclamar, no encontrando enredo en esta comedia, está muy equivocado. Falta de comprensión, sí, falta de comprensión. ¡Ah, el tal público!... Este es nuestro más grande dolor de autores: pasar por el mundo, entre las risas de los demás, sin conseguir que nadie reciba una sola luminaria de la Empresa de luz de nuestras almas.

Se han seguido fielmente, aunque usted no quiera creerlo, todas las reglas de composición de los grandes maestros. Como la comedia es en tres actos, estas son las normas: en el primero, exposición del asunto; en el segundo, cumbre de la acción emotiva; en el tercero, solución del problema.

Se ha tenido presente, asimismo, otro gran secreto: el de dejar entrever el misterio. Si usted es perspicaz lo adivinará pronto y al final halagaré su perspicacia; si no lo es, ¿qué voy a hacer?: falta de comprensión. Yo no trato de despistar.

Y con esto, a escena.

Acto primero

La acción se desarrolla en un paseo silencioso, bordeado de árboles. Es de noche. Arriba, la luna. Abajo, el camino enarenado. En medio, una fuente parlera. Por la izquierda aparece Enrique; por la derecha, una muchacha encantadora.

Escena primera. Enrique y Luna

Enrique y Luna

ENRIQUE (*deteniéndose en el centro*): —¡Que amarga mi vida, que desilusión! Me encuentro solo. Sin un amigo a mi lado. Todo me cansa. He vivido veinte años y sólo he recibido desengaños y desventuras. Lo que quisiera es poner fin a mis días para no apurar más la copa del dolor que me atosiga. Ya no anhelo nada: los placeres me cansan y sólo dejan en el corazón el arrepentimiento, las heces del goce que son demasiado acibaradas; las mujeres me han engañado; el dinero no me seduce... ¡Ah, muerte, muerte, ven a mis brazos y líbrame para siempre; llévame muy lejos, al país de lo desconocido...!

LUNA: —Pero ¿quién será ese hermoso mancebo y qué querrá decir con esas palabras que yo no comprendo?

ENRIQUE: —¡Muerte, muerte, ven a mis brazos!

(Ella lanza un suspiro; él regresa a ver y se queda mirándola; ambos se estremecen. Son parecidos como dos gotas de agua).

ENRIQUE (*aparte*): —Pero ¿qué es esto? ¡Cómo empalidezco! ¡Oh, amor, amor, perdóname, yo no te conocía! Apenas la veo y ya ardo en deseos de saber su nombre, de arrojarme a sus pies para adorarla... (*Acercándose a ella*) Encantadora niña, ángel del cielo. ¿Qué hado bueno hizo que os encontrara en mi camino? Decidme, por favor, que ya sin veros y sin oír una sola palabra de vuestra boca angelical, no podría vivir, ¿qué nombre os acompaña? ¿Cómo os llaman los mortales, indignos de teneros entre ellos?

LUNA (*muy pálida y azorada*): —Luna...

ENRIQUE: —¡Ah, Luna, Luna, como la única compañera de mis noches de insomnio, como la que brilla allá, en los purísimos cielos! (*Se arroja a sus pies y tomando las manos de ella, se las cubre de besos*) Por Dios, Luna,

perdonadme que os bese, que os diga que os amo, que no podré vivir sin vos, que vos serás la salvadora de este hombre cansado de la vida, que...

LUNA (*asustada*): —Caballero, que viene mi padre, escondeos, si no, sois muerto.

ENRIQUE: —No, no, aquí permaneceré, aunque la vida sea arrancada de mi pecho, al lado de vos.

(Suenan pasos en la arena y Enrique se decide y ocúltase tras unos árboles).

Escena segunda. Dichos y Don Iñigo

Dichos y Don Iñigo

DON IÑIGO: —Perdona, hija mía; me demoré dando una limosna a ese pobre... ¿qué hacer? Yo ya sé que la limosna es inútil, no vale para nada; pero, en fin...

ENRIQUE (*de entre los árboles*): —¡Cómo palpita mi corazón, cómo se ensancha mi pecho! ¡Amada, amada mía, no me dejéis! Si os váis, yo muero. ¡Luna, Luna!

(*Don Iñigo y su hija desaparecen a lo largo del paseo. Enrique sale de su escondrijo y extiende los brazos hacia ellos*).

Cae el telón.

NOTA: Como yo no pretendo innovar nada, ni menos querría irrogar un grave daño al arte escénico, los personajes siguen siendo sordos como petacas: lo que no va dirigido a ellos nunca lo oyen. Así nadie se extrañe de que Don Iñigo no haya oído las últimas lamentaciones de Enrique, continuando su paseo, impasible como si tal.

Acto segundo

Noche oscura. Una larga calle embaldosada. En el frente, una enorme casa constelada de ventanas. Se oyen, a la vuelta de la esquina, relinchos y coces de caballos. Don Carlos y Enrique esperan arrebuados en amplias capas.

Escena primera. Don Carlos y Enrique

Don Carlos y Enrique

DON CARLOS: —Calma tu impaciencia, hijo mío, y no interpretes mal mis actos; yo te ayudo porque lo único que deseo es tu felicidad. Ya que no es posible que Don Iñigo conceda la mano de su hija, la tendrás, mal que le pese.

ENRIQUE: —Padre, padre mío, os debo mi felicidad; mi vida la tenéis en cambio, ya que vos mismo me la habéis dado y os encargáis aun de endulzármela.

(Se abre una ventana en lo alto de la casa y cae una escala de seda. Enrique sube y tras un momento de ansiosa espera baja con Luna entre sus brazos).

Escena segunda. Dichos y Luna

Dichos y Luna

ENRIQUE: —Despierta, bien mío, despierta, que me tenéis a vuestro lado. (*Luna ha sufrido un desmayo*). Os defenderé hasta la muerte si es preciso; pero ábranse tus ojos y contemple yo la luz purísima que irradian; esa luz que levanta mi ánimo, que hace llevaderas mis penas, que me ha enseñado lo que es la vida y lo que es el amor. ¡Luna, Luna!

LUNA (*despertando sobresaltada*): —¿Quién es? ¿Eres tú, Enrique? ¿Eres tú? ¡Oh! Mándeme Dios ya la muerte, que he podido estar a tu lado, después de tan largo tiempo; acójame en su seno el reino de las tinieblas; ciérrense mis ojos a la luz, que ya nada espero... Pero, huyamos, huyamos pronto, que podría enterarse mi padre; no vaya a ser que nos persigan y pierda yo lo que más he anhelado en mi vida.

DON CARLOS: —Sí, sí, pronto; ya llega la aurora por el oriente y pudiera sorprendernos y delatarnos. Huyamos, huyamos.

ENRIQUE: —Huyamos, ¡amada mía! ¡Luna! Ahora te quiero más que todo. Desprecio los rayos de la novia de los poetas, de la indiscreta reina de la noche y sólo quiero la luz de tu purísimo rostro que alumbraría mejor en los espacios siderales que cuantos astros ha creado la mano de Dios.

LUNA: —¡Calla! No blasfemes, amor mío.

(En este momento suena un disparo. Todos empalidecen y corren despavoridos. Luego se imitará en las tablas el galope desenfrenado de los caballos).

(En lo alto de la casa se abrirá otra ventana aparecerá el rostro adormilado de Don Iñigo).

DON IÑIGO: —Creo que fueron ladrones; pero han huido ya. ¡Vaya que son valientes los desalmados!... Bueno, a dormir, que ya es bastante tarde

y yo demoro en conciliar el sueño. ¡Venir estos pícaros a alborotar la calle!

Cae el telón

Acto tercero

Esto sucede dos años después. A la entrada de una iglesia apartada, una pareja de novios, Enrique y Luna, esperan algo que no se sabe bien qué es. Les acompañan Don Carlos, la señora de Alarcón y algunos sirvientes.

Escena primera. Enrique, Luna, Don Carlos y Señora de Alarcón

Enrique, Luna, Don Carlos y señora de Alarcón

ENRIQUE: —Feliz este instante. Al fin podrás ser mía, mi bien amada. Podremos vivir tranquilos con el asentimiento de Dios y de los hombres. Ya debemos olvidarnos de tu padre. Por más que ha buscado por todos los rincones de la ciudad, por más que ha mandado emisarios por todas partes, no ha logrado descubrir nuestro asilo. Y si al fin ha olvidado sus inútiles pesquisas, será porque ya nos lo permite, aunque no se haya dignado siquiera decírnoslo. ¡Qué dichoso momento, Luna! Los segundos se me hacen horas y ya quisiera haber recibido la bendición del santo sacerdote y estar camino de nuestra casita...

LUNA: —Calma tus ardores, Enrique; yo no sé qué es lo que presiento... Pero por algo, sin duda, yo he querido retrasar cada vez más el día de nuestra boda... No sé por qué, me dan corazonadas de que esto no debe ser así.

DON CARLOS: —Esas inquietudes no debes abrigar, hija mía... ¿Qué es lo que piensas? ¿De qué puedes dudar? *(Sin embargo de estas palabras Don Carlos debe estar muy nervioso, mirando a uno y otro lado. Les incitará cada momento a entrar, para que se consume el hecho).*

SEÑORA DE ALARCÓN: —¡Ay! Líbreme Dios; pero yo tampoco creo que debemos hacerlo. Estoy también inquieta...

(Pero al fin se deciden. Y en el preciso momento de franquear la puerta, aparece Don Iñigo, pálido y demudado).

Escena segunda. Dichos y Don Iñigo

Dichos y Don Iñigo

DON IÑIGO (*aparte*): —Llego a tiempo, Dios del cielo. (*Dirigiéndose a la comitiva*): ¡Alto, señores; que nadie entre!

(Luna, al ver a su padre, cae desmayada en tierra, cuan larga es. Don Carlos, viendo descubierta su infamia, huye. Enrique, muy pálido, se lleva la mano al bolsillo para sacar el revólver —por previsión ha llevado revólver).

DON IÑIGO: —¿Pretendes, acaso, ser parricida?

ENRIQUE (*casi sin poder mantenerse de pie*): —¿Quién?... ¿Yo?

(La señora de Alarcón cae desmayada en la misma forma que Luna).

DON IÑIGO: —Sí, tú; pregúntaselo a esa mujer.

(Inmediatamente, como es natural, la señora de Alarcón abre los ojos).

SEÑORA DE ALARCON: —Sí, eres su hijo.

(Enrique sigue turulato. Luna despierta y Don Iñigo le manda abrazar a su hermano).

LUNA: —¿Hermano mío?... Oh, Dios, que dispones las cosas con tu sabiduría infinita! Ven, hermano mío, ven a mis brazos.

ENRIQUE: —¡Ha triunfado el amor, el amor fraternal y puro!

(Cae el telón, mientras Enrique y Luna se funden en un largo y estrecho abrazo).

MÁS NOTAS: *Al terminarse la representación de esta comedia, el público quedó algo desconcertado: pero luego aplaudió hasta rabiarse. Algunos amigos me llamaron gran comediógrafo. Pero, a última hora, un crítico se me ha acercado desvergonzadamente para decirme que la obra es un*

desastre, que no hay tal enredo y que si lo hay será después del final que es para confundirlo todo y dejar en ayunas a los espectadores. Y todo esto me lo ha dicho de egoísta, de puro egoísta. ¡Ah, los críticos...!

Pablo Palacio



Pablo Arturo Palacio Suárez (Loja, 25 de enero de 1906-Guayaquil, 7 de enero de 1947) fue escritor y abogado ecuatoriano. Fue uno de los fundadores de la vanguardia en el Ecuador e Hispanoamérica, un adelantado en lo que respecta a estructuras y contenidos narrativos, con una obra muy diferente a la de los escritores del costumbrismo de su época.

Su producción literaria se condensa en tres libros: la colección de cuentos

Un hombre muerto a puntapiés (1927), y las novelas Débora (1927) y Vida del ahorcado (1932).

En 1927 publica la colección de cuentos Un hombre muerto a puntapiés y la novela corta Débora. Después, en 1931, comienza a publicar algunos fragmentos de la novela subjetiva Vida del ahorcado.¹ Sus dos primeros libros se ubican como obras características del movimiento vanguardista latinoamericano.

Luego de la Guerra de los cuatro días (1932) que se libró en las calles de Quito, Manuel Benjamín Carrión Mora nombra a Pablo Palacio como subsecretario de Educación. Por entonces también hacía periodismo en el diario socialista La Tierra. En 1936 fue nombrado profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad Central y publicó su cuento Sierra.

Palacio es un antirromántico y en sus textos combate el romanticismo que se había convertido en un cliché. En su manera de parodiar los tópicos de estas tendencias literarias Palacio multiplica los efectos de la ironía.